

asi del disgusto de oír las zumbas de su tío y sus exclamaciones por la pérdida del baston.

— Yo mismo le corté, dijo, en los bosques clásicos de Hawthornden (1), en un tiempo en que no creía por cierto vivir y morir soltero. No hubiera dado este baston por todos los becerros marinos del Océano.... ¡O Hector! ¡Hector! el héroe cuyo nombre llevas nació para ser el apoyo y el sosten de Troya; pero tú has nacido solamente para la ruina de Monkbarns.

(1) Cerca de Roslin.



## CAPITULO XXXI.

« Para hablar de esta manera

- » No os asiste la razon,
- » Lágrimas de jóven son
- » Rocío de primavera.

- » Mas si en los años de hielo,
- » A causa de algun pesar,
- » Pedemos aun llorar
- » Espresando el desconuelo,

- » Nuestro llanto en tal edad
- » Es mas amargo y copioso:
- » Asi un torrente impetuoso,
- » Despues de una sequedad,

- » Inunda con mas furor
- » Las rocas, el campo, el prado,
- » Dejando desesperado
- » Al infeliz labrador. »

(COMEDIA ANTIGUA.)

**OLDBUCK**, habiendo quedado solo, redobló el paso, pues estas diferentes discusiones y el accidente que las habia terminado retardaron su marcha, de suerte que llegó muy pronto delante de las siete ú ocho cabañas que se elevan en Mussel-Craig. Separadamente del aire de miseria y de asquerosidad que solia notarse

en aquella infeliz aldea, si así podía llamarse, todo indicaba el luto y la desolación.

Las barcas estaban todas en la arena, y aunque el día fuese hermoso y la estación propicia, no se oían las canciones favoritas de los pescadores cuando dan la vela. Reinaba por todas partes el más profundo silencio; no se descubría ningún niño jugando como otras veces al lado de su madre sentada junto á la puerta remendando las redes. Algunos pescadores con vestido negro y muy viejo, pero conservado con mucho cuidado, y otros con el que solían llevar todos los días, sin que su rostro espresase menos por esto una profunda aflicción, estaban reunidos en torno de la cabaña de Mucklebackit, aguardando que sacasen al difunto. Cuando vieron llegar al laird de Monkbarne, alineáronse todos para franquearle el paso, y se quitáron los gorros saludándole con un respeto melancólico, atención á que correspondió con afabilidad.

El interior de la cabaña ofrecía una escena que solo nuestro Wilkie (1) podría pintar con

(1) Wilkie es un compatriota de sir Walter Scott y uno de sus amigos, según se asegura. Este pintor no es mucho menos conocido en los países extranjeros que en Inglaterra; sin embargo, se lee su nombre al pie de algunas estampas de mérito.

aquella esquisita naturalidad que caracteriza sus admirables obras.

El cadáver del joven pescador estaba depositado en un féretro sobre la cama que el infeliz había ocupado durante su vida. A poca distancia se descubría el padre, cuya frente arrugada, cubierta de pelo canoso, había arrojado muchas noches de borrasca y muchos días no menos peligrosos. Parecía estar pensando en la reciente pérdida de su hijo, con aquel profundo pesar, propio de los genios duros y groseros, que casi se convierte en odio contra todo lo que resta en el mundo cuando ya no existe para ellos el objeto querido. Había hecho esfuerzos desesperados para salvar á su hijo, y solo empleando la fuerza pudieron hacerle desistir de emprender otros nuevos tan inútiles como los primeros, que hubieran sin duda alguna acabado con él. Echaba una mirada oblicua al ataúd, como á un objeto cuya vista le era insostenible, al paso que no podía apartar de él los ojos, por más que se esforzase. Respondía con pocas palabras, con tono brusco y casi duro, á las diversas preguntas que se le hacían. Ninguno de la familia se había atrevido á dirigirle una sola palabra de ternura y de consuelo. Su muger, aquel verdadero marimacho, á pesar de sus pretensiones á la dominación

absoluta en casos ordinarios, se veia reducida al silencio y á la sumision por la amargura que le causaba la desgracia que los afligia, y obligada á ocultar á su marido los arrebatos de su propio dolor. Como Saunders no quiso comer ni un solo bocado desde aquel funesto acontecimiento, ella que no se atrevia á hablarle directamente, se habia valido por la mañana de un artificio inspirado por el afecto, que fué mandar presentarle algun alimento por el niño de menor edad, que era el favorito del afligido esposo. El primer movimiento del padre fué repeler al niño con una violencia que le habia asustado, pero luego le arrimó á su pecho y le estrechó tiernamente en sus brazos. — Tú serás un buen muchacho, si vives, Patie, pero ya no puedes ser para mí lo que era el infeliz Steenie. Desde la edad de diez años trabajaba conmigo en la barca, y nadie sabia tirar mejor una red desde aquí á Buchanan-Ness. Me dicen que es preciso resignarse, lo probaré.

Y desde entónces no desplegó el pescador los labios, á menos que no se viese obligado á responder á alguna pregunta. Tal era la situacion del padre inconsolable.

En otro rincon de la cabaña estaba sentada la madre, cubierta la cabeza con su delantal; pero la vehemencia de su dolor se

indicaba bastante por el modo de torcerse las manos, y por la agitacion convulsiva de su pecho que el delantal no podia ocultar. Dos officiosas vecinas, hablandole al oido, agotaban su elocuencia y las frases de estilo sobre la necesidad de resignarse á una desgracia irreparable, y se esforzaban en distraer una pena que no podian consolar.

La afliccion de los niños se confundia con la sorpresa y la novedad de los preparativos que se ponian en órden en su presencia, viendo sobre todo la abundancia de pan, de trigo y de vino, que el mas infeliz aldeano, el mas miserable pescador, no deja de ofrecer en tales casos á los que vienen á rendir el último homenaje de amistad y de afecto al objeto cuya pérdida se llora. El sentimiento que les causaba la muerte de su hermano casi desaparecia en medio de la admiracion que les inspiraba el esplendor de las exequias.

Pero la figura sobresaliente y mas notable de aquel afligido grupo era la abuela. Sentada en su poltrona, con su aire habitual de apatía y de indiferencia por cuanto se pasaba en torno suyo, imitaba como por máquina el movimiento de una muger que hila, y parecia admirarse luego de no encontrar ni la rueca ni el huso. Sus ojos daban muestras de preguntar á los circunstantes por que se le ha-

bian quitado los instrumentos de su trabajo ordinario, poniendole un traje negro, y por que acudia tanta gente á la cabaña aquel dia. Alguna vez, dirigiendo la vista con inquietud ácia la cama donde estaba colocado el féretro, se mostraba repentinamente y por la primera vez dotada de la facultad de sentir su infortunio. Una espresion de sorpresa, de confusion y de angustia pintabase alternativamente en sus impasibles facciones; pero no derramaba una sola lágrima, ni pronunciaba una sola palabra por la cual se pudiese juzgar hasta que punto comprendia la extraordinaria escena que estaba presenciando. Se encontraba en aquella asamblea de luto como un punto intermediario entre la familia afligida y el cadáver del malhadado jóven, como un ser en quien la llama de la existencia empezaba á oscurecerse por la sombra de la muerte.

Cuando Oldbuck entró en aquella cabaña residencia del dolor, fué saludado por todos con una inclinacion de cabeza, pero silenciosamente; luego, segun la costumbre de Escocia, ofrecióse á toda la compañía pan de trigo, vino y aguardiente. Miétras se presentaban estos objetos, Elspeth sorprendió á todos, haciendo seña al que los llevaba de acercarse á ella; tomó un vaso, levantóse, y dijo con una voz hueca y trémula, acompañada de la

sonrisa del idiotismo en sus ajadas facciones: — A vuestra salud, señores, ¡que por muchos años podamos disfrutar de semejante fiesta!

Estas siniestras palabras escitaron un estremecimiento universal, y todo el mundo volvió á poner los vasos en la mesa sin haberse atrevido á probar el licor, lo que no sorprenderá á los que saben cuanta fuerza tiene todavía en Escocia la supersticion en el ánimo del pueblo, particularmente en casos semejantes. Pero no bien la vieja hubo aplicado el vaso á sus labios, cuando exclamó: — ¡Dios mio!.... esto es vino.... ¿que ha sucedido aquí?... ¿por que casualidad se bebe vino en casa de mi hijo? — Poniendo entónces el vaso en la mesa: — Ya comprendo el motivo, añadió fijando la vista en el ataud; y dejandose entónces caer en su poltrona, cubrióse los ojos y la frente con su mano seca y arrugada.

En este instante llegó el ministro de la parroquia. El señor Blattergowl, aunque intolérable hablador siempre que se trataba de diezmos ó de algun derecho eclesiástico en la asamblea general, de la cual desgraciadamente para su auditorio le habian nombrado aquel año moderador, no dejaba de ser por esto un varon respetable, que cumplia con el mayor celo todos sus deberes con Dios y sus seme-

jantes. Ningun ministro presbiteriano era mas exacto en visitar los enfermos y los afligidos, en enseñar á los jóvenes, en instruir á los ignorantes, y en indicar como buen pastor el camino de la salvacion á las ovejas descarriadas. Asi nuestro amigo el anticuario, á pesar de los malos ratos que le causaban alguna vez la prolijidad de sus discursos y las preocupaciones de su ánimo ó de su profesion, á pesar de cierto desprecio habitual que experimentaba por su inteligencia, sobre todo en materias de artes y de gusto, objeto de discusion favorito del ministro, con la esperanza de abrirse paso á una cátedra de retórica ó de bellas letras, mostraba por el señor Blattergowl mucha estimacion y respeto. Era muy raro, es verdad, que para ceder á respetos humanos ó á las instancias de su gente femenina, se determinase á asistir á algun sermón suyo; pero en cambio se guardaba bien de ausentarse de Monkbarne cuando el ministro debia comer con su familia, y eso que se le convidaba todos los domingos, medio de manifestarle su estimacion, que habia adoptado Oldbuck como el mas agradable al ministro, á su modo de pensar, y el mas conforme tambien á sus propias habitudes.

Para terminar una digresion cuyo solo objeto es dar mejor á conocer á nuestros lectores

el respetable ministro, no bien hubo entrado en la cabaña el señor Blattergowl, cuando, despues de haber recibido los silenciosos y melancólicos saludos de toda la compañía, fué á colocarse junto al desgraciado padre, y se insinuó con él con algunas palabras de pésame y de consuelo; pero Saunders no se hallaba todavía en estado de poder escucharlas. Inclino sin embargo la cabeza tristemente, y le tomó la mano como para agradecerle sus buenas intenciones, pero no podia ni queria responderle de otro modo.

El ministro pasó en seguida á donde estaba la madre, atravesando el cuarto con paso lento, medido y silencioso, como si temiese que el pavimento, semejante á un hielo mal formado, cediese al peso de su cuerpo al apoyarse en él, ó que el ruido de sus pasos no estuviese dotado de una fuerza mágica que precipitara en un abismo la cabaña y cuantos se encontraban dentro. No pudo formarse juicio de lo que decia á la pobre muger, sino por las respuestas que esta le daba, respuestas que hacian muchas veces ininteligibles los sollozos que no podia reprimir, á pesar del delantal con que continuaba á cubrirse el rostro. — Sí, señor, sí.... vm. es muy bueno.... no hay duda.... es deber nuestro someternos á la voluntad de Dios..... pero ¡ mi pobre

Steenie! ¡el hijo que mi corazón adoraba! ¡tan guapo y tan bien formado! ¡el sostén de la familia! ¡el consuelo de todos! ¡que se había captado la voluntad de todos los vecinos! ¡Ay hijo mio!.... ¡hijo mio!.... ¡por que has de estar en el ataud, y por que ha de sobrevivirte tu madre para llorar tu pérdida!

Era imposible resistir á este ímpetu tan natural del afecto y del dolor. Oldbuck tuvo que acudir muchas veces á su caja de tabaco para ocultar sus lágrimas que se le asomaban á los ojos, á pesar de su genio corrosivo y aun algo áspero y caprichoso; las mugeres lloraban á lágrima viva gritando y chillando, y los hombres se ponian los sombreros delante de los ojos hablando á media voz.

El ministro sin embargo quiso dirigir tambien algunas frases de consuelo espiritual á la buena abuela, que escuchó al principio ó pareció escuchar con su acostumbrada apatía lo que le decia; pero en fin habiendo el señor Blattergowl, en el ardor de su celo, levantado mas la voz y arrimadose mas á su oido, comprendió la vieja el sentido de las palabras que le dirigia. Animóse repentinamente su fisonomía cobrando aquella espresion viva que indica la comprension de lo que pasa; pusose tiesa, meneó la cabeza en manifestacion de desprecio ó de impaciencia cuando menos, é

hizo un gesto con la mano para mostrar de un modo claro y positivo el poco caso que hacia de las piadosas exhortaciones del ministro. Este se retiró, y levantando su mano que dejó luego caer, pareció dar á entender con este gesto la sorpresa, la pena y la compasion que le inspiraba el deplorable estado de aquella muger. Todos los circunstantes experimentáron el mismo sentimiento, y un ligero murmullo fué indicio de la impresion que habia hecho aquella escena en todos los ánimos.

Hallóse completa la comitiva con la llegada de dos personas que se aguardaban de Fairport. Volvióse á hacer un cambio de silenciosos saludos, y circuláron de nuevo el vino y el aguardiente. Elspeth tomó el vaso por segunda vez, y le apuró exclamando con una especie de risa sardónica: — ¡Ah, ah! ya he bebido vino dos veces en un dia. ¿Cuándo hice yo otro tanto?..... ¡Ah! ya me acuerdo, fué cuando.....

No terminó su frase, escapósele el vaso de la mano, dejóse caer en su silla, y sus facciones recobraron poco á poco su carácter de impasibilidad.

Cuando se hubo calmado la sorpresa general, Oldbuck, que tenia el corazón oprimido presenciando lo que consideraba como la úl-

tima lucha del juicio contra el estupor de la edad y las profundas heridas de la pena, hizo observar al ministro que era tiempo de que se abriese la marcha. El padre no se hallaba en estado de poder dar disposicion alguna; pero el mas próximo pariente hizo seña al carpintero que en semejantes casos hace tambien las funciones de maestro de ceremonias, y el ruido del martillo anunció la separacion final de los restos del jóven pescador con los vivientes, separacion que produce siempre algun efecto, aun en los seres mas indiferentes, mas duros y egoistas.

Animados por un espíritu de contradiccion que, con perdon sea dicho, puede calificarse acaso de pequeñez ó escrúpulo minucioso, los padres de la Iglesia de Escocia no quisieron que aun en tan solemne ocasion se dirigiese al cielo ninguna plegaria, por temor de que no se creyese que imitaban en esta parte los ritos de la Iglesia romana ó anglicana. Mas ilustrados y mas francos en el dia, la mayor parte de los ministros escoceses se aprovechan de aquel momento para elevar al cielo una oracion, y dirigir á los circunstantes una plática que les hace tanto mayor impresion cuánton se hallan todavía en presencia de los restos de uno de sus semejantes, á quien vieron poco ántes lleno de salud, y miran

ahora como serán ellos dentro de poco; pero esta loable costumbre no se habia adoptado aun en los tiempos de que hablamos, ó á lo menos el señor Blattergowl no tuvo por conveniente conformarse con ella, y se terminó la ceremonia sin ningun ejercicio de religion.

El féretro cubierto del paño funerario era llevado ya por los mas próximos parientes. No se aguardaba mas que al padre, que segun la costumbre debia sostener la testera. Dos ó tres parientes privilegiados le llamaban, pero él solo respondia indicandoles con la cabeza y con la mano que no podia resolverse á semejante esfuerzo. Considerando este acto como una demostracion de respeto por el difunto; insistieron en ello con mas celo que juicio, y le hubieran obligado á someterse á la costumbre, á no declarar Oldbuck que en calidad de señor estaba en ánimo de sostener él mismo la testera del féretro. El dolor ocupaba los corazones de todos los parientes; sin embargo aun se encontró bastante lugar en ellos para un movimiento de satisfaccion y de orgullo, recibiendo del laird semejante muestra de aprecio y distincion; y la vieja Alison Breck, que estaba presente, juró que el laird de Monk-barns no careceria jamas de ostras (se sabia que nuestro anticuario era aficionado), aunque debiese ir á pescarlas ella misma los dias

de viento y borrasca. Es tal el carácter del pueblo en Escocia, que quedó aquella gente mas agradecida al señor Oldbuck por este acto de condescendencia, que por el dinero que distribuia todos los años para limosnas en la parroquia.

El fúnebre acompañamiento se puso en marcha siguiendo con lentos pasos á dos pertigueros con sus varas cubiertas de paño negro, infelices ancianos á quienes parecia ya llamar la tumba donde conducian á uno de sus semejantes, y que, segun se estilaba en Escocia, llevaban vestidos negros, pero muy usados, y sombreros cubiertos de un cendal funerario, amarillento por tan viejo.

Pronunciarse altamente el anticuario contra este gasto inútil, si se le hubiese consultado; pero manifestando su opinion, perdiera seguramente mas popularidad de la que habia adquirido accediendo á representar al padre en la fúnebre ceremonia. Oldbuck no lo ignoraba; tuvo, pues, bastante prudencia para abstenerse de dar consejos que hubieran sido mal recibidos. En efecto, los aldeanos escoceses tienen todavía la manía de desplegar una especie de pompa en estas ceremonias, en lo que se distinguian de tal modo antiguamente los grandes del reino, que el parlamento se vió obligado á publicar una ley

suntuaria contra estos excesos, reprimiendo un lujo intempestivo. Sugetos se han visto de la última clase de la sociedad que se han privado no solamente de todo lo que hace agradable la vida, sino aun de las cosas mas necesarias para economizar una suma que pusiese á su familia en estado de poderle enterrar como cristiano, segun decian; y era imposible persuadir á los fieles albaceas, por mas que conociesen ellos mismos la necesidad, que destinasen para el uso de los vivos la cantidad inútilmente empleada para el entierro del difunto.

Llegaron al cementerio situado á media milla de distancia, con la solemne gravedad acostumbrada en semejantes casos. Volvióse el cuerpo á la tierra de donde habia salido; y cuando los sepultureros hubieron llenado la zanja y cubiertola de yerba, Oldbuck quitandose el sombrero saludó á los que habian asistido silenciosamente á la fúnebre ceremonia, lo que fué la señal de la dispersion.

El ministro ofreció á nuestro anticuario acompañarle hasta su casa; pero Saunders Mucklebackit y su madre habian inspirado tanto interes á Oldbuck, que la compasion y acaso tambien un impulso de aquella curiosidad que nos hace desear ver lo mismo que nos lastima, le decidieron á regresar solita-



riamente por la orilla del mar, para hacer otra visita á los afligidos habitantes de la cabaña del pescador.



## CAPITULO XXXII.

- « ¿Que negro crimen misterioso es este
- » Que no puede borrar la penitencia,
- » Y cuya confesion es tan costosa,
- » Que aflige al pecador la sola idea ?
- » Ella me vé y me escucha ¡desgraciada!
- » Con la tranquilidad de la inocencia ;
- » Pareceme imposible que sus labios
- » No den de agitacion ninguna muestra.

(WALPOLE, *la Madre misteriosa.*)

EL féretro acababa de salir de la cabaña, seguido de todos los que debian formar el acompañamiento, colocandose cada uno en el lugar que le correspondia, segun su grado de parentesco con el difunto; algunos otros daban la mano á sus hermanitos que veian con sorpresa una ceremonia que apenas comprendian. Las vecinas se habian retirado á su vez, y por consideracion á la amargura del marido y de la muger, se habian llevado consigo todas las niñas, á fin de dejar á los infelices padres en libertad de abrirse su corazon, y de aliviar su pesar hablando del que le producía; pero sus buenas intenciones no produjeron el efecto que esperaban. Apenas la última vecina salió de la cabaña cuya puerta